

**JOSÉ BONABA**

**(1885-1949)**



El amigo Bonaba

**SEMBLANZA DEL DR. JOSÉ BONABA**

**MIGUEL A. JAUREGUY<sup>1</sup>**

**I**

**Sra. de Bonaba y familiares.**

---

<sup>11</sup> Leída en el acto de homenaje a la memoria del Dr. José Bonaba, realizada el 16 de agosto de 1950 en el Instituto de Clínica Pediátrica e Higiene Infantil “Dr. Luis Morquio” de la Facultad de Medicina de Montevideo. *Arch. Pediatr. Urug.* 1950, sep.21 (9= 693-700).

**Sra. de Morquio,  
Amigos.**

**Los discípulos caminaron al lado del Maestro y no lo reconocieron.**

**Después, sentados a la mesa, Él se dio a conocer. Sucedió en Emaús, en Palestina. ¡Cuántas veces en la vida, caminamos juntos y no nos conocemos!**

**Aquella famosa escena fue concebida por pintores famosos. Unos destacaron la figura del maestro a plena luz y los discípulos en la penumbra. Otros, en cambio, transforman al Maestro, que no se ve, en un resplandor, y es el motivo central del hecho histórico, la cara de asombro de los discípulos.**

**En nombre de la Sociedad Uruguaya de Pediatría y de muchos amigos, recordaremos una vez más a José Bonaba, el maestro que anduvo con nosotros.**

**Muy difícil es, pues aún la emoción nos nubla su figura. Pero, siendo mucha y constante mi gratitud, no dudé para saldar mi deuda personal.**

**Hemos visto, sacrificios en la mañana, con jóvenes estudiantes y médicos desaparecidos en temprana hora – sacrificios en maduro mediodía, con Zerbino – sacrificios en magnífico y opulento ocaso, con Morquio y ahora, en sereno crepúsculo, con Bonaba.**

**Su figura no puede encerrarse en la armonía de un círculo, ni en el equilibrio de un triángulo, porque su perfil tiene ángulos desiguales.**

**Pero así, es más interesante por ser más vivo, más humano. Todo él, todo Bonaba fue una paradoja. Para encontrar su verdadera personalidad, la más íntima y profunda, sólo quitando la ganga de la apariencia externa se podía hallar la pureza de su valor intrínseco, solo desbrozando el camino de toda maraña se gustaba la alegría de sorprender su oculta verdad.**

**No siendo fácil tal encuentro, era más sabroso el triunfo del hallazgo y más regalada por lo valiosa, su amistad.**

**Tal hombre fue médico.**

**Muchos consideran que la Medicina es un sacerdocio; pero en realidad, es una milicia y el médico un centurión.**

**Nada más parecido al médico que un soldado. La vocación lo llama. El estudio y el oficio lo forma y deforma para entregarlo a la lucha. Deja de ser uno, para ser de todos. El Deber lo obliga. El médico, por su honor, deja todo lo suyo y entrega lo mejor de sí mismo, para el bien de los demás. En la lucha para la defensa de la vida de los otros, el médico acata órdenes las más severas y rígidas, las de su propia conciencia, como el militar las de su jefe. Y, sin discutir.**

Los triunfos y derrotas del médico son brillantes o trágicos. Los trofeos y honores son escasos; más abundantes las críticas. No se perdona el error de un médico, como tampoco la falsa maniobra de un mariscal.

El médico y el soldado, estudian los planes de lucha y los dos recogen banderas triunfales; pero, si el soldado enseña sus condecoraciones, el médico rara vez muestra sus trofeos y son pocos los que por gratitud ensalzan en salmos victoriosos el bien que recibieron del médico.

El médico es un centurión.

Bonaba quiso ser y fue médico.

Tal severa disciplina espiritual, la quiso por vocación e ingresó a nuestra Facultad de Medicina, donde fue un estudiante brillante. Era la edad de oro de nuestra Casa de Estudios, con maestros como Soca, Ricaldoni, Morquio, Navarro, etc.

Soca le dio el espaldarazo de médico, al distinguirlo entre otros y nombrarlo Jefe de Clínica, porque adivinó sus cualidades.

Más tarde, Morquio lo armó Caballero de Medicina al agregarlo a su clínica.

Todo, por sus valores intelectuales.

Con sus armas recién conquistadas fue a Europa. A su regreso, el soldado estaba pronto para la lucha.

Su vida fue de 64 años, de los cuales 40 los dedicó a la Medicina.

Es curioso que pueda dividirse en 3 épocas casi iguales, de alrededor de 12 a 14 años cada una.

La primera, desde 1909 a 1923: fue médico, Jefe de Clínica y de Laboratorio.

La segunda, desde 1923 a 1935: es dedicada a la Agregación de Medicina.

La tercera y última, de 1935 a 1949: es Profesor de Clínica Pediátrica.

Y, además, desarrolló tareas en el Consejo de la Facultad, Consejo del Niño, Médico de "Gota de Leche".

Subió y ascendió solo con inteligencia, trabajo y caballerosidad. Todo limpio, sin influencias extrañas, por su propio mérito.

Este triunfador era alto, de facies cerrado y expresión taciturna. De natural, muy callado. Su trato muy amable y gentil. Un verdadero caballero.

Todo en él parecía lento; sin embargo, era muy activo y exacto cumplidor de sus compromisos.

Era rico en paradojas.

Por tener un concepto amplio, muy amplio de sí mismo y sobre todo generoso para los demás, trataba a sus amigos, algo más que a pares, dando la impresión por su exquisita caballerosidad, que él se consideraba menos, nunca más.

**Trataba de borrar las distancias. Se acercaba, no se alejaba.**

**Por tener ese concepto grande, puro, de la realidad, obrando como si todo fuera como podría haber sido, parecía indeciso, hasta tímido.**

**Sin embargo, era un valiente porque ocultaba, aún sabiéndolo, sus propios valores, para no deslumbrar a los otros. Se imponía al aprecio de todos por la vía más difícil, no de la ostentación, sino la de la modestia.**

**Gustaba de la soledad y sobre todo del silencio.**

**Esa soledad, que tanto apetecía, le causaba placer intenso; cuando se alejaba de todos, se acercaba a la orilla menos concurrida de Carrasco y disfrutaba de la soledad que era su mejor descanso.**

**Pero, su gran amigo era el Silencio.**

**Hubiera sido un obrero intelectual de un claustro o un laboratorio o una clínica silenciosa.**

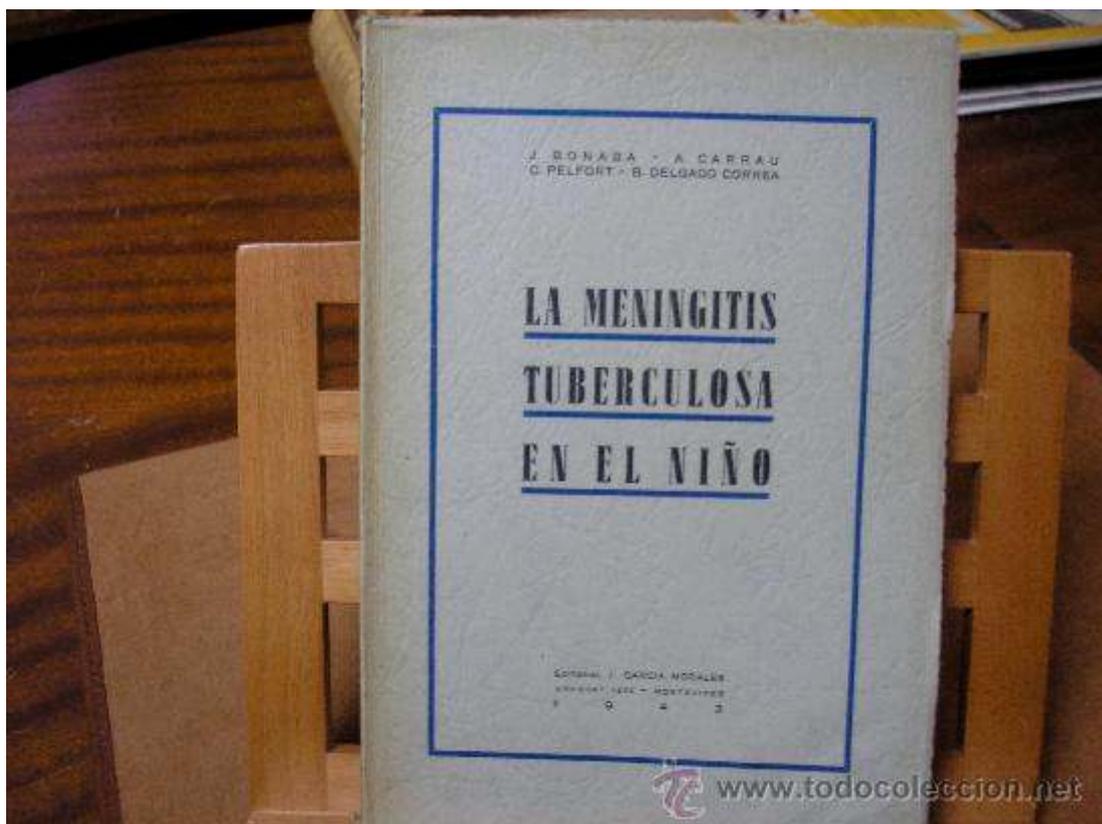
**Sin embargo, tuvo que actuar en la crujiente y movediza clínica infantil, bulliciosa, con hervor de colmena.**

**Él, que prefería el silencio, hubo de luchar en las discusiones del Consejo de la Facultad defendiendo la Medicina y sus derechos y en el Consejo del Niño, la Medicina como obra social.**

**Pero, aún contra todo por ser su deber, nunca se negó a luchar ni rehusó intervenir en la colectividad, en la multitud.**

**Su silencio era el bueno; no el pérfido que esconde, oculta y disminuye; sino aquel silencio valeroso, mezcla de discreción y tolerancia.**

**No gustaba hablar mal de otros y daba un alto ejemplo de tolerancia humana, tratando de unir en lo posible lo que por ser de hombre se desunía.**



**Su silencio no llegaba la mudez complaciente, que, cuando se necesitó su voz airada, enérgica, defendió lo justo.**

**De ordinario, su palabra era lenta, de tonalidad baja, casi un monólogo.**

**Este hombre, que cumplía sus deberes y obligaciones públicas con gran dignidad, reflejo de su inteligencia, era muy rico de afectos.**

**Para él, el hogar era un oasis, un santuario donde siempre mantuvo encendidas las cuatro lámparas de los más puros sentimientos familiares: esposo, padres, hermano y abuelo.**

**Para él, la amistad merecía un culto especial y la cultivaba prodigando con generosidad su caballerosidad. No siempre se unen la amistad y la hombría de bien.**

**Que no siempre los amigos son caballeros, ni los hombres de bien amigos.**

**En él, todo era uno.**

**Fue un gran trabajador, silencioso. Cumplía lo que prometía o exigía su posición oficial y docente.**

**Conoció todos los distintos círculos sociales e intelectuales, desde el pequeño laboratorio hasta el sillón del Consejo de la Facultad; desde el niño pobre y enfermo del Hospital o la "Gota de Leche", a su cargo, hasta el hijo del pudiente en su clientela privada. Estudiaba mucho, observaba más y sus síntesis se reflejan en sus numerosos trabajos publicados. Tal obra intensa, tal dinamismo, lo**

revestía de una naturalidad y sencillez muy propias de su modestia intrínseca.

Fue un hombre de paradojas. Él que quería la penumbra, hubo de ser foco.

Él, que gustaba la periferia, llegó a ser un centro.

Triunfó este trabajador. Fue respetado y altamente considerado, aquí y en el extranjero, honrándolo en Sociedades científicas de otros países.

Pero, su triunfo más completo era el que coronaba el éxito de una investigación clínica o en una sugestión de trabajo. Su entusiasmo desbordaba, hasta llegar, siendo tan pura su alegría, a ser infantil. Su facies cerrado, se transformaba, irradiaba su triunfo.

Fue Profesor en una Cátedra que Morquio había glorificado. Por ser su sucesor inmediato el compromiso era difícil; sin embargo, mantuvo su alto prestigio.

Y por pertenecer a una época de la Pediatría que se transformaba como toda la Medicina supo, con gran inteligencia, asimilar lo nuevo y unirlo a lo que ya era clásico.

Contempló el momento crucial de la Pediatría, su paso entre dos guerras mundiales, de lo clásico a lo moderno.

Vió, cómo en el mundo los hombres, por odio, se desangraban, y también, por alto espíritu de solidaridad humana, dar unos a otros el valioso licor rojo de la sangre. Como se da de beber al sediento por caridad. Y los hombres dan sangre para los niños.

Vio llevar por alas mecánicas niños enfermos y remedios y médicos, para salvar vidas acortando distancias. Vio como por el éter se calmaban angustias, se hablaba con el médico salvador. Vio el cambio de enfermedades. Desaparecer casi la difteria de Montevideo. Dominar la tifoidea; las meningitis, antes fatales. Cómo se luchaba contra la tuberculosis, la sífilis.

Él, que había visto, allá a principios del siglo, los primeros exámenes radiológicos con todo misterio y dificultades, cómo se simplificaba todo y se examinaban colectividades y pueblos enteros.

Cómo la cirugía era más atrevida y segura, llegando hasta el corazón del niño.

Si, en otros países, a los niños se les arrancaba de sus hogares y de sus madres, en el Uruguay, el Estado les protegía con un magnífico Código del Niño y al niño que no tenía hogar se le proporcionaba calor familiar, y al que sufría se le permitía hospitalizarlo con la madre.

El niño no era un pelele delicioso, ni el escolar una caja de juguetes y un libro abierto; el niño tenía alma y los psicólogos y educacionistas querían saber de su personalidad.

Hay niños inválidos que pueden salvarse por la ortopedia y por cuidados especiales, pudiendo volver a la sociedad.

Vio polvos más maravillosos que los de los alquimistas de la Edad Media, que hacían prodigios en las enfermedades.

Y muchas cosas más. Del gran libro de la Pediatría y del dolor infantil, vio cómo las primeras páginas, las de Morquio, Marfan, Finkelstein, Czerny, quedaban para siempre, y cómo hubo que arrancar, felizmente, muchas otras páginas oscuras; cómo los estudiosos aclararon sus errores y dieron luz.

Mucho quedó inmovible, y mucho desapareció.

Por eso, por haber estudiado mucho y observado más, en sus clases disminuían los "porqué" de aparente seguridad y aumentaban los "quizás" de prudente sabiduría.

Renunció a normas clásicas desusadas. Enriqueció con entusiasmo su pediatría con los últimos hallazgos basados en estadísticas, cifras, reacciones nuevas de laboratorio y todos sus auxiliares y los deslumbrantes descubrimientos terapéuticos.

Mucho de lo que había aprendido no le sirvió, pero también, mucho le fue útil para evitarle entusiasmos fugaces.

Comprendió lo nuevo, con la base de lo clásico.

Si cuando joven, Soca y Morquio vieron su espíritu maduro, pese a su juventud, nosotros, cuando lo conocimos en su madurez, vimos su juvenil espíritu.

Comprendió a los jóvenes, los acogía a su lado, trabajaba generosamente con ellos. Y lo asombroso, que él, que por tendencia natural hubiera sido un artesano solitario, aislado, se complació en trabajar en conjunto, en equipo como en un taller moderno. Sus clases orales no tenían plan definido. Empezaba en un punto y las sugerencias del tema lo desviaban fácilmente, llegando a conclusiones imprevistas.

Nada era circular, todo ondulante. Si bien algunos, los recién iniciados, no podían acompañarlo en sus disgresiones, aquellos, los que ya por años de estudio tenían del tema su experiencia propia, recogían impresiones vivas, veían aristas nuevas del esquema antiguo que ya conocían.

Por eso, muchas lecciones no fueron para estudiantes sino para médicos.

Sus clases orales eran casi una prolongación de sus estudios en la biblioteca, el eco de la palabra de otros autores, de otros libros y revistas, que en noches de vigilia, había buscado. El diálogo con otros autores se prolongaba en un monólogo del que sus oyentes, sus discípulos, recogían la síntesis valiosa.

En cambio, cuando transmitía sus ideas en los escritos, donde no improvisaba, se ceñía estrictamente a un plan y llegaban a ser exhaustivos.

Pero Bonaba, por ser gran médico y gran hombre conoció, como ninguno, las grandezas del médico y las miserias del hombre.

Un día, en octubre de 1935, recibía la consagración de su gran triunfo, en un acto social rodeado de amigos, discípulos y de toda la Sociedad de Pediatría.

Fue el más grande triunfo a que podía aspirar en su carrera científica. Se le aplaudía como Profesor de Pediatría, en la clínica honrada por Morquio, a quien sucedía.

Entonces, al pasar el Arco de Triunfo de su vida, en el momento en que era reconocido como Señor de la Pediatría Uruguaya, habló este gran callado, este gran taciturno, con tal alegría y verbo entusiasmado, que se reveló ante el asombro de todos, como un orador excepcional, como un artista exquisito de la palabra.

No se olvidó, en su agradecimiento, de nadie, y llegado un momento, le brotaron las palabras más puras, limpias y cristalinas; las de color más suave, gris y plata; las más frescas, que olían a flores silvestres. Y girando, subiendo sus frases como saeta en llamas, emocionó a todos al cantar y agradecer a su Madre y en ella a todas las buenas mujeres que se cruzaron en su vida.

Se reveló públicamente, sin quererlo, espontáneamente, como artista del verbo.

Pero, pasado aquel momento, Bonaba en un gesto muy suyo, llamó a su gran amigo el Silencio y le entregó todo.

Nunca más, nadie regustó aquello, ni quiso se publicase; pero, desde entonces, todos lo reconocieron como un artífice del lenguaje.

Gozó Bonaba la grandeza de la medicina. Pasaron los años, siempre en la lucha, acompañándolo el éxito, hasta que un día también él supo de la grandeza del médico y la miseria del hombre.

En febrero de 1945 la tragedia pasó a su lado.

Bruscamente, le fue negado todo. Se vio pobre de muchas esperanzas e ilusiones, apoyadas en un joven.

Entonces, este médico, este soldado, no abandonó la tienda de campaña, ni huyó al desierto de la desesperación o el renunciamiento, que otros lo han hecho.

Volvió a la legión, a la lucha.

Y lo vimos llegar quebrado y hundido entre sus huesos, con paso cansino, muy agobiado. Tal vez sus palabras fueron más oscuras, y acarició más suavemente la cabeza del niño enfermo. Pero, él debía, repito, él debía como médico, hablar a los padres de esperanza cuando él no la tenía; debía, como médico, llevarles la luz cuando en él todo eran tinieblas.

Fue la suprema lección, la del médico que sufre como hombre.

Porque para el médico, debe ser suyo el dolor de los demás; pero su dolor, el propio, es sólo suyo, no de nadie.

Entonces, llamó a su amigo el Silencio y le entregó todo su drama.

**Después, poco a poco, fue irguiéndose. Su trabajo es intenso. Lo invitan de países vecinos; Chile, Argentina, Brasil, para oír sus lecciones, reconociéndole su sabiduría.**

**Lo esperaban en México y el 16 de agosto 1949 en un recodo del camino que con nosotros caminaba, nos dejó para emprender su viaje a lejanas lejanías.**

**Entonces, este médico, este soldado, dejó sobre su mesa su espada; es decir, su pluma, después de haber escrito su último trabajo científico.**

**Después... se recostó en el espíritu de su hijo.**

**Después... habló con su digna compañera.**

**Y se alejó, dejando a sus discípulos y amigos que con él caminamos y le conocimos, la moneda de su recuerdo, moneda que nunca perderemos por olvido ni ingratitud.**

**Y todos pensamos que, tuyas – José Bonaba – son bien tuyas las hermosas palabras de Jorge Manrique:**

**“Yace un hombre, que vivo queda su nombre”.**

## II

Los datos escasos sobre José Bonaba que hemos podido pesquisar, se resumen en estas informaciones, algunas de las cuales expresan contradicciones con las fechas generalmente aceptadas.

JOSE BONABA: (1885-1949) doctorado en 1909, viaje a Europa, donde realizo profundos estudios de clinica medica y pediátrica. En 1929 fue elegido Presidente de la Sociedad de Pediatría de Montevideo. Su producción bibliográfica científica es numerosa, comprende más de un centenar de trabajos originales, algunos de los cuales han merecido especial mención en los centros médicos europeos y sudamericanos.<sup>2</sup>

**BONABA, Dr. José.- Médico uruguayo (1885-1949) doctorado en 1909. Profesor agregado de Medicina (1916); titular de Patología Médica (1923-35); profesor de Clínica Médica Infantil y director del Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura (1935); Director interino del Servicio de Protección a la Primera Infancia, en varias ocasiones.**

---

<sup>2</sup> NOMENCLATOR DE MONTEVIDEO: Las calles del Bicentenario. En: <http://www.1811-2011.edu.uy/B1/glossary/7/letterj>

**Presidente de la Sociedad de Pediatría de Montevideo (1929), es autor de una numerosa producción científica que ha merecido especial mención en los centros médicos europeos y sudamericanos.<sup>3</sup>**

**BONABA, José (Montevideo, 1884-1951). Pediatra y ex presidente del Sindicato Médico del Uruguay (1926-1927). Fue director del Instituto de Clínica Pediátrica e Higiene Infantil Dr. Luis Morquio. Junto a la doctora María Saldún presentó una investigación sobre diabetes infantil (1942) que estableció las bases de tratamiento de un problema de salud pública casi desconocido por entonces.<sup>4</sup>**

**Fue el 5º Presidente del SMU, siendo precedido por el Dr. Emilio San Juan y sucedido por el Dr. José F. Arias.<sup>5</sup>**

### III

**Cuando en marzo de 1945, Bonaba escribió un editorial en *Archivos de Pediatría del Uruguay*<sup>6</sup> trazaba una breve historia de lo que fue la Agregación en esta Cátedra, dentro de la historia mayor de la propia de nuestra Facultad de Medicina. Escribía Bonaba:**

**En ocasión del reciente concurso de Profesores Agregados de Clínica Pediátrica, en el cual triunfaron en forma amplia y brillante los Doctores Euclides Peluffo, Julio R. Marcos, Alfredo Ramón Guerra, María Luisa Saldún de Rodríguez y Rito Etchelar, incorporándose así a la docencia de la Pediatría en nuestra Facultad de Medicina, un valioso plantel de destacados colegas, nos es grato tributarles desde estas columnas, la más cordial de las bienvenidas y nuestras más sinceras congratulaciones. *Archivos de Pediatría del Uruguay* se honra en presentar en breve síntesis, la actuación de cada uno de ellos, a través de las cuales, más que vislumbrarse una esperanza, se afirma ya una promisoriosa realidad.**

**Que nos sea permitido en esta auspiciosa oportunidad, cuando se marca el jalón inicial de un nuevo ciclo, hacer revivir el recuerdo emocionado de algunos episodios de la historia de la cátedra y su**

---

<sup>3</sup> NOMENCLATURA DE MONTEVIDEO. Alfredo Castellanos y Antonio Mena Segarra.

<sup>4</sup> ENCICLOPEDIA DE *EL PAÍS*, 2010/2011, p. 351.

<sup>5</sup> <http://www.smu.org.uy/elsmu/memoria/presidentes.php?pte=4> (Consultada el 27.03.2013).

<sup>6</sup> BONABA, José: La Agregación de Clínica Pediátrica y la Pediatría Uruguaya. *Arch Pediatr Urug* XVI, No. 9: 525-529.

agregación, así como trazar el panorama actual y esbozar la trayectoria futura de la pediatría nacional.

En la historia de nuestra Pediatría, corresponde a Morquio el lugar más prominente. Morquio, cuya figura se agiganta a medida que el tiempo pasa, prueba de fuego que sólo resisten los auténticamente grandes, reúne en sí el núcleo vital básico de aquella, desde fines del siglo pasado, abarcando su actuación todos sus múltiples aspectos, llenados en forma integral e insuperable.

Tal es la etapa *morquiana*, creadora, heroica, gloriosa; en ella surge la escuela uruguaya de pediatría, constituida por el maestro y la pléyade de sus discípulos, la Sociedad Uruguaya de Pediatría, su creación directa: *Archivos Latino-Americanos de Pediatría*, que fundara con Aráoz Alfaro, Fernández Figueira y Olinto de Oliveira, cuya recordación hemos celebrado fervorosamente en fecha reciente; el *Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia*, con sede en Montevideo, pero cuyas proyecciones irradian a todo nuestro continente y cuyo prestigio es universal.

En la docencia, Morquio fue Morquio; personal e inconfundible, imprimiendo a su enseñanza su sello característico de claridad, precisión, practicidad y proyección médico-social. Más que de la discusión a menudo estéril, gustaba plasmar sus conceptos en realizaciones; supo, sin embargo, respetar la personalidad de sus discípulos directos, quienes ejercen en la actualidad la dirección de las actividades pediátricas más importantes en nuestro país.

Y ahora, remontémonos al origen de las agregaciones; al hacerlo, no podemos evitar que la emoción colore y anime su recuerdo. Henos de nuevo en 1916, aspirantes a la agregación, preparando su concurso y luego participando en él. Las agregaciones creadas fueron varias, pero sin que figurara la de Pediatría, implícitamente incluida, diríamos así, en la agregación de Medicina. Participamos en el concurso de agregación de Medicina en 1916, el primero que se celebraba en nuestra Facultad, César Bordoni Posse, Enrique M. Claveaux y nosotros; integraban el jurado, presidido por el Decano, el inolvidable Ricaldoni, entre otros, los maestros Soca y Morquio. Compartimos con nuestros opositores, horas de intensa emoción, que ninguno de nosotros hemos olvidado. Desde la agregación de Medicina, pasamos todos a las cátedras de Patología Médica, para seguir luego, cada uno, el camino de sus preferencia: Bordoni, Clínica Médica; Claveaux, Clínica de Infecciosos; nosotros, Clínica Pediátrica.

La Agregación de Pediatría fue creada en 1925, realizándose su primer concurso con la participación de Víctor Zerbino y Salvador E. Burghi. Aprovechamos la oportunidad para rendir homenaje al malogrado Zerbino, desaparecido en pleno triunfo, cuyo espíritu selecto está presente en el recuerdo de todos nosotros, y al eminente

maestro Profesor Burghi, a punto de retirarse, después de haber llenado una actuación docente meritoria y brillante.

Morquio no tuvo nunca junto a sí, profesores agregados, habiendo actuado éstos, fuera de la cátedra titular, en el hospital "Dr. Pedro Visca". Nos cupo el honor de acompañarlo, de recibir sus enseñanzas, de colaborar ampliamente en las actividades de su clínica del Hospital "Pereira Rossell" y de reemplazarlo durante sus ausencias, en 1925, 1928 y 1932. Etapa inolvidable, impregnada del imperecedero recuerdo del maestro.

Asistimos, en la hora actual, a la fructificación y a la expansión triunfante de aquella etapa originaria, que Morquio llenara con sus obras; todos sus sectores ostentan, en pleno florecimiento, una pujante vitalidad; tanto el médico-social, con sus sub-divisiones asistencial, profiláctica y sanitaria; como el docente, el científico, el publicitario y el internacional; todas las instituciones que él tanto contribuyera a crear, continúan la acción que él iniciara: La Sociedad Uruguaya de Pediatría, el Instituto Internacional Americano, el Instituto de Clínica Pediátrica e Higiene Infantil "Dr. Luis Morquio", *Archivos de Pediatría del Uruguay* y el Consejo del Niño; la escuela de Pediatría, enriquecida con el aporte de nuevos elementos y diversificada con nuevos aspectos de especialización, vive aún de una vida común, solidarizados sus integrantes en los mismos propósitos e ideales. Morquio reina todavía.

Y ahora miremos de frente hacia el futuro: queda aún por hacer y en ciertos aspectos, casi sin iniciar, una tarea médico-social formidable por su magnitud y alcance, sobre todo desde los puntos de vista higiénico y sanitario; queda por intensificar y jerarquizar la investigación, que deberá ser cultivada como uno de los fines supremos de la ciencia y de la enseñanza; queda por organizar la docencia del graduado y del especialista; queda por defender la Pediatría de la desconsideración y menosprecio tenidos con ella al tratar problemas asistenciales, sanitarios y docentes, aún dentro de la propia Facultad de Medicina, como lo demuestran los informes de la Asamblea del Claustro que pretenden reducir a la mitad el tiempo destinado a la enseñanza de Clínica Pediátrica en el plan de estudios, relegándola, por añadidura, a horas de la tarde; es necesario mantener el espíritu de unión y la cohesión reinantes en nuestra Pediatría, que constituyen una de sus notables prerrogativas y el secreto de su prestigio y autoridad; queda, en fin, elevarla con las propias obras, conservando su legítimo renombre, máxime cuando en los países hermanos de Sud-América, la Pediatría realiza grandes e incesantes progresos, imponiéndonos el deber de no permanecer rezagados.

La labor y la responsabilidad son abrumadoras e ineludibles; en una y otra, cabe a los noveles profesores agregados una participación

**importante. Abrigamos la esperanza que estarán a su altura, mereciendo al fin, como premios imponderables muy difíciles de obtener, pero más grandes que los honores y las satisfacciones materiales, la plena aprobación de la propia conciencia, el juez infalible, y el veredicto unánime del consenso general, expresado en esa simple sentencia que mereciera recientemente Churchill: "He was a good Fellow", o más sencillamente, en jerga criolla: fue un buen muchacho.**

**José Bonaba**